

XXIV

EL MUSEO NACIONAL

Muchos ídolos y arcas y pilas de piedra, recuerdos de las civilizaciones tolteca, totonaca, mejicana y colhua.

La mayor parte son de Yucatán, del valle de Méjico y de la antigua ciudad azteca.

También hay en el Museo carrozas, vajillas y uniformes del Archiduque Maximiliano y su servidumbre.

Ni por equivocación se le dice aquí á Maximiliano el Emperador. ¡Niñerías!

XXV

LOS TOROS

Tres plazas nada menos tiene Méjico.

La principal es enorme, de hierro y cemento, y por fuera parece una obra por concluir.

Hay mucha afición.

Aunque llueva, que suele llover todas las tardes, no se suspende por eso la corrida. Cada uno se abriga como puede; la mayoría abre los paraguas, dando á la plaza un aspecto muy original, y los pobres toreros tienen que continuar la brega empapados hasta los huesos.

Los toros del país, de raza española, son bastante buenos, aunque algo blandos á la pica.

En la corrida que se dió en honor del cuerpo diplomático, estaban representadas casi todas las naciones civilizadas y la plaza mostraba un aspecto muy pintoresco. La hija de Polavieja llevaba mantilla española y estaba muy linda.

XXVI

LA INDEPENDENCIA

Hoy, 15 de Septiembre, celebran los mejicanos el Grito de Dolores, inicio de los trabajos realizados para lograr la independencia.

La ciudad está casi toda iluminada y hay iluminaciones muy hermosas, sobre todo en las torres de la catedral, que son del mismo estilo que las de la catedral de la Habana, aunque mucho más grandes.

Por las calles principales no se puede dar un paso: tal es la multitud que las invade desde el anochecer hasta las once, en que Don Porfirio, desde el balcón de Palacio da el grito, suenan los cañones y redoblan las campanas de las iglesias.

Las masas que llenan las calles están locas de entusiasmo. Todos gritan á la vez. Unos llevan banderas, otros van á caballo vestidos de charros, traje típico del país, muy airoso.

Pero ¿por qué esa alegría loca? ¿Son verdaderamente independientes? ¿Hay aquí

ahora más libertad que en tiempos de España? ¿Están todos contentos con Don Porfirio?

Nada de eso: es la rutina; es el afán de divertirse locamente de las multitudes; es la necesidad de olvidar, siquiera sea una vez al año, las penas y fatigas de la vida en una sociedad donde hay un millar de poderosos á quienes todo sobra y muchos millones de miserables que de todo carecen.

¡Esos que pasan ahora por Plateros gritando desforadamente, quizá sean los mismos que hace tres días quisieron iniciar un motín y apedrearon el palacio presidencial, hasta que la policía les entró á sablazos y llevó á Belén á una docena de los más significados!

XXVII

VIEJOS ODIOS

En la procesión cívica, alegórica, de esta mañana, iba Hernán Cortés montado en soberbio alazán y vistiendo con gran donaire el airoso y elegante traje de la época de Carlos V.; y el que representaba al gran conquistador era un estudiante de la Universidad de Méjico, que en la satisfacción que rebosaba en su rostro juvenil y en la dignidad con que paseaba su mirada por sobre la multitud que bullía y se estrujaba en calles y balcones, demostraba bien á las claras que se daba cuenta cabal de lo que para Méjico y para la humanidad significaba Hernán Cortés.

¿Qué importa que no haya aquí una estatua siquiera para el gran conquistador y que en cambio la haya para Güatimocín, si en la Universidad y donde quiera que exista un átomo de ilustración tendrá siempre un altar, público ó secreto, el conquistador y civilizador de Nueva España?

Mucho se ha adelantado en el camino de la reconciliación de mejicanos y españoles; y buena prueba de ello es el homenaje rendido á la gran reina protectora de Colón y de los indios y los extremos que con el Embajador Extraordinario de España hicieron el Gobierno y el pueblo mejicanos; pero entre el elemento intelectual, allí como en Cuba, todavía queda mucho que andar.

Inventáronse tales cosas, durante la guerra de independencia, para enardecer el espíritu de los combatientes contra España y los españoles, contra los conquistadores y los virreyes, que aún no son posibles rectificaciones sinceras y completas que dejen franco el camino á la verdad.

Si algún mejicano de carácter entero y de cultura extraordinaria se atrevió á hacer justicia á Cortés, armóse tal algarada contra él, que aquel acto viril, á la postre sólo sirvió para que arreciasen otra vez contra los conquistadores las injurias de los mediocres.

Así se explica que en una mala guía descriptiva de Méjico y sus alrededores, al llegar á Coyoacan, sólo se encuentre lo que sigue respecto á Hernán Cortés.

“El Palacio Municipal es de grandísimo interés histórico, pues fué el Palacio del Conquistador y aun todavía se le conoce por “Palacio de Cortés.” Fué erigido en 1522. Sobre la puerta principal se puede ver su escudo todavía. Relátanse siniestras historias acerca del edificio. Según las crónicas, Cortés extranguló aquí á su esposa Doña Catalina Juárez Marcaida. Cuéntase que en ocasión de un banquete para celebrar la victoria sobre los aztecas, el Conquistador, excitado por los zumos alcohólicos, le echó en cara á su esposa delante de los invitados el estar en relaciones con uno de los indios de su servidumbre. Aquella, indignada, le reprochó á su vez los amores de él con algunas indias, sobre todo con Marina, y después del altercado, se retiró al oratorio. Allá la siguió el Conquistador, é instantes después corría éste por todo el Palacio, diciendo á la servidumbre que Doña Catalina acababa de morir, debido á un ataque de asma, enfermedad que padecía. Esto nadie lo creyó, y entonces empezaron las conjeturas. Quién aseguraba que don Hernando había extrangulado á su esposa, y quién que la había ahorcado. Cortés siempre negó estas imputaciones enérgicamente y la muerte de su

mujer quedó en el misterio. Se supone que en otro departamento fué en donde se dió tormento al Rey azteca y al señor de Tlacopan.

A la entrada de esta casa, á la derecha, se lee esta inscripción: “Casa de Hernán Cortés. El Ayuntamiento de 1892.”

A la izquierda, en una placa de mármol, se lee “Homenaje al último Rey Azteca. La Sociedad “Cuauhtemoc.”

No es necesario rechazar esas infamias; basta recordar que Cortés tuvo en vida y hasta su muerte, lo mismo en la Madre Patria que en la Nueva España, enemigos mortales; y sin embargo, hasta que no empezó la guerra de la independencia de Méjico, á ningún cronista ni á historiador alguno se le ocurrió hacer la más mínima alusión á esas atrocidades, que todavía ahora se lanzan á la publicidad basadas en un *se dice* ó en un *se supone*. ¿Es de creer que en aquella época, en que tantas cosas buenas y tantas cosas malas se contaron, y se escribieron de los conquistadores, se hubiese guardado absoluto silencio, por amigos y enemigos de Cortés, de tales crímenes?

Pues para demostrar que el apasionamiento contra todo lo que de España procede todavía es grande entre algunos intelectuales, aun tenemos que reproducir unas cuantas líneas, no de una guía cualquiera sino de un libro, bastante bien escrito, titulado "Un Pueblo, un Siglo y un Hombre," publicado el año de 1909 por el doctor Fortunato Hernández, de la Escuela Nacional de Medicina, Miembro titular de la Sociedad de Geografía de París y Honorario de la Sociedad Mejicana de Geografía y de Estadística, de la Sociedad Filológica Francesa, etc. etc.

Dicho señor tuvo la bondad de dedicarme un ejemplar de su obra con frases muy halagüeñas para mí. No se trata, por consiguiente, de nada personal y apasionado al reproducir aquí esta prueba elocuente de lo que vengo sosteniendo:

"Pero, un aciago día, vino la *horda extranjera*, la esperada, la temida, la ya profetizada por los divinos abuelos de la teogonía nahuatlaca, y arrasó la ciudad edificada en el sitio escogido por el águila devoradora de serpientes, mensajera de Huitzilopochtli.

Y arrasó no sólo la ciudad imperial, sino también la civilización de aquel pueblo de guerreros Tlaecales, *hombres de gran corazón*, conquistadores de la tierra, y de reyes Ilhuicaminas, *flechadores del cielo*...

Tenía que suceder... estaba decretado por los hados.

En cuanto á la civilización traída por los invasores, era la deficiente civilización medieval española, fundada en una de las más antiguas religiones asiáticas, la religión hebrea, con más numerosos ídolos, más absurdos dogmas y teogonías más complicadas que la teogonía nahuatlaca.

Los dioses del conquistador eran más crueles que Huitzilopchtli.

El dios azteca se conformaba con sangre; Jehová necesitaba sangre y fuego.

Los sacerdotes nahuatlacas arrancaban el corazón á sus víctimas; los sacerdotes iberos las quemaban vivas.

La horda conquistadora, formada por temibles bandidos religiosos, alucinados, psicoténicos, poseídos del valor despiadado y el sombrío fanatismo de su tiempo y de su raza, no era la llamada á civilizar las tribus conquistadas: la esclavitud no civiliza.

Para que aquella grey de míseros esclavos llegase á convertirse en pueblo, á formar un Estado y á contituir una Nación, era preciso que primero pudiese deshacerse de sus feroces opresores, conquistando su libertad é independencia."

Creo que eso no necesita comentarios: poner al Dios azteca, cuyo culto salvaje hacía derramar torrentes de sangre humana, por encima del Dios del Calvario que no derramó más sangre que la suya, es el colmo de la obcecación sectaria.

¡Y el que así escribe no es indio ni parece mestizo!

Pero justo es hacer constar también que no todos los mejicanos discurren así.

Véase en prueba de ello cómo se expresa en un libro titulado "La Dominación Española y la Patria Mejicana" Francisco Cosmes:

"Desgraciadamente, una cosa es el sentimiento y otra el juicio; y si es cierto que en la esfera del primero se ha adelantado infinito, por lo que se refiere al amor que los mexicanos debemos profesar á España, preciso es convenir en que el criterio común con que se juzga la obra que realizó en Méjico su antigua me-

trópoli, está aún sujeto á numerosas rectificaciones y correcciones.

Todavía es creencia general entre nuestros compatriotas, muchos de ellos ilustrados, que la nación mejicana de hoy, esto es, una sociedad que habla castellano, está civilizada á la europea, y mantiene bajo su férula al indio, fué conquistada por Cortés y estuvo dominada por los virreyes, y que la independencia que realizó fué una reivindicación de los derechos de esa nación atropellados por los españoles. Aún hay gentes de buena fé que no pueden consolarse, nuevos Calipsos, de que á Guatimozín se le hubiesen quemado los pies, y que consideran como una gloria de las armas nacionales la terrible rota de la Noche Triste. A cada paso se encuentran buenas gentes que afirman con profunda convicción que los conquistadores eran unos bárbaros que vinieron á destruir una civilización infinitamente más adelantada que la europea en el siglo XVI, y que no vacilan en sostener, que letras, artes, ciencias, cuanto el ingenio humano ha creado ó inventado desde 1521 hasta el año corriente, fué llevado al continente antiguo procedente de Méjico, y que los aztecas

fueron los maestros y los inspiradores de la actual ilustración europea.

Así como aquel Sánchez Solís (un respetable sujeto que practicaba excavaciones para encontrar vestigios del arte azteca, y encontrándose un tenedor con la marca de Cristofle, deducía de tal hallazgo que los antiguos mejicanos habían enseñado á los españoles á comer con cubiertos) hay personas que serían capaces de jurar que los habitantes de Tenoxtitlán descubrieron antes que Copérnico el sistema planetario, porque hay en el Museo una piedra labrada, cuyos geroglíficos nadie ha podido interpretar con acierto; que, Nelzahualcoyotl fué el padre de la poesía, porque un fraile español tuvo la humorada de escribir en versos flojos unos pensamientos filosóficos sobre la vida, los cuales atribuyó al rey de Texcoco; que las paredes de los palacios en Méjico estaban cubiertas con tapicerías mejores que las de los Gobelinos, porque eran de plumas, á pesar de que el humo de las luminarias con que se alumbraba Moctzuma hubiera maltratado terriblemente esas tapicerías; y que, en fin, los principios de moral profesados por los habitantes de Anáhuac eran superiores á los del cristianismo, no obstante que los in-

dios practicaban sacrificios humanos y se comían á las víctimas, obedeciendo á preceptos religiosos que les imponían la antropofagia como un deber."

La obra de Francisco Cosmes produjo un escándalo atroz.

Llovieron sobre él injurias y desafíos; pero no se le contestó ni con un solo raciocinio.

El contestó á todos, los acorraló y al fin salió triunfante: hizo callar á los patrioterros de oficio.

Véase el final de la primera parte de su valiente libro y fíjense nuestros lectores de Cuba en la lección que las líneas que vamos á reproducir encierran para los autores de la campaña deshispanizante que desde hace algunos meses venimos padeciendo.

Dice Cosmes:

"Y terminada ya la contienda, no nos queda más que exponer el motivo que nos indujo á provocarla.

No es una simple rectificación histórica inspirada por amor platónico á la verdad y á la justicia. Nos animaba un sentimiento más elevado, un sentimiento de profundo patriotismo. Los pueblos no pueden llamarse verdade-

ramente independientes, no merecen en realidad el nombre de naciones, sino hasta que han acentuado perfectamente las condiciones esenciales que los distinguen de otros, rivales ó enemigos suyos. ¿Quién negará que la primera de estas condiciones es el origen? En este siglo, que ha sido el de las guerras de nacionalidades, no es posible poner en duda que los pueblos, para realizar su independencia, lo primero que han procurado es templar su espíritu y su corazón en las aguas de la fuente en donde nació su sér.

Y un pueblo como el nuestro, establecido al lado de otro poderoso, absorbente, opuesto á él en ideas, en tendencias, en costumbres, en intereses, en espíritu, para decirlo con una sola palabra, necesita, para mantenerse independiente frente á ese peligroso vecino, afirmar enérgicamente su absoluta diferenciación de él, comenzando por su origen: Méjico es latino y no sajón. ¿Y por qué es latino si no por la conquista? ¿Por qué debemos mantener nuestra independencia moral de la poderosa nación vecina, si no por que descendemos de una civilización distinta de la de ella, porque los conquistadores, al infundirnos su

espíritu latino, nos infundieron también la conciencia de nuestra virilidad, de nuestra dignidad como nación? ¿Podremos acaso adquirir esa conciencia en las tradiciones de la raza conquistada, débil, apática, sin energía moral, de esa raza, que, en el transcurso de una sola generación después de la conquista, había perdido por completo cuantos sentimientos de altivez caracterizan al hombre libre? ¿Queremos sentir amor patrio? Inspirémonos en el recuerdo de nuestros padres, de nuestros verdaderos padres por el espíritu, de esos iberos, que, en la antigüedad, en la edad presente, en todas las épocas de la historia humana, desde Sagunto hasta Bailén han sido ejemplo de patriotismo para todos los pueblos de la tierra: no en la tradición de ese indio humilde que, á raíz de la conquista, tapizaba de flores el camino de Cortés al volver de las Ibueras, y que en el día aceptaría sumiso y hasta gozoso el yugo del sajón, que le paga á peso la libra de mantequilla, y le da cincuenta centavos de jornal.

Sólo afirmando nuestro origen, seremos un pueblo independiente. La evocación de la conquista española, de su obra civilizadora, del

espíritu que logró infundir á esta sociedad, es tarea patriótica en este país, al cual la geografía ha designado el puesto de centinela avanzado de la raza latina en América.”

EL DESIERTO DE LOS LEONES

EL DESIERTO DE LOS LEONES
